

Un Misterio que Merece Confianza

En 1956 en París, Francia, Jacques Fesch de 26 años y asesino de un policía yacía en prisión esperando su juicio; un año después fue declarado culpable, sentenciado a muerte y ejecutado en la guillotina. Aunque estaba en confinamiento solitario, estaba en un camino espiritual que partió de ser un agnóstico indiferente para convertirse en un católico de corazón profundamente comprometido. Él se escribía el 11 de abril con quien él llamaba “pequeño hermano” y quien después sería conocido como Padre Thomas:

“Prometí escribirte a final de la Cuaresma para que pudieras recibir mi carta en Pascua. Persona esta tardanza. ... Pasé los meses de enero y febrero en estado de euforia espiritual lo que me ayudó en mucho en mi búsqueda de Dios, y luego, a partir de marzo, volví a caer en completa oscuridad. ... Dios ciertamente me quiere poner a prueba, y evidentemente él piensa que este estado de abandono me beneficia para mi salvación y para mi futura gloria.”

La situación en la celda en la prisión de Jacques es muy diferente a la de los discípulos en la habitación superior en la víspera de la terrible crucifixión y entierro sepultura de Jesús. Pero tal vez no sean tan diferentes. Para todos con la excepción de María y algunas de las mujeres, la muerte de Jesús empujó a algunos a enclaustrarse en completa oscuridad. SU sentido de abandono se debe haber sentido como un tipo de cautiverio a la vez que cargaban un pesado yugo de miedo y de esperanzas perdidas.

Entonces Jesús atravesó las puertas que estaban cerradas por dentro (vean Juan 20: 19-23). Antes de hablar, siente el agrio olor de dolor y de culpa que tienen por no haber permanecido con Jesús hasta el final. Él siente la incredulidad que expresan en sus suspiros y

resuellos. Aunque a él le corresponde su parte en la gloria, nuestra realidad aún recae sobre él; él “sufre” lo que atestigua y se mueve para encontrarse con sus seguidores en sus términos. Jesús, quien ve y sufre con nosotros tanto antes como después de su muerte y resurrección, inicia el Evangelio de su misericordia. Salmos 85:11 (“La Misericordia y la Verdad se han encontrado; la justicia y la paz se han abrazado”) es prácticamente la tarjeta de identidad personal de Jesús. Jesús desata y restaura la relación correcta con el beso de su misericordia. Él puede entrar a habitaciones cerradas y a nuestros corazones por él nos permite reclamar su corazón ardiente con amor si podemos soportarlo.

La misericordia es amor que fluye hacia donde falta – una falta de la relación correcta o justicia, de perdón, de amistad, confianza, gozo, paz. La misericordia es la decisión de amar que no va a dejar al mundo solo, disturbado y abandonado. La misericordia no es simple lástima ni simpatía como las conoce el mundo, donde estos sentimientos se nos ordenan ultimadamente a nosotros mismo. La misericordia es la extensión del corazón de Cristo y los rayos de su amor hacia aquellos que no se enfocan en hacer sentir a los demás lo que les falta o en donde se han equivocado. El Papa Juan Pablo II, hablando del Dios que es rico en misericordia, observa, “la persona que es objeto de la misericordia no se siente humillada, sino ‘revalorizada’... ha vuelto a la vida” (*Dives in Misericordia* 6.3). Somos más que solo la evidencia – ciertamente más que nuestra peor aflicción, obra o nuestro peor momento – y mucho máspreciados y queridos que lo que pudiésemos estimar.

En el año 2000, el santo papa polaco estableció el octavo día luego del Domingo de Pascua como el Domingo de la Divina Misericordia. Cuando era joven, él rezaba en el convento justo al sur de Cracovia, Polonia donde vivió y murió Santa Faustina Kowalska, donde se compuso una parte de su *Diario* donde revelaba su devoción a la Divina Misericordia. La imagen

que dios le reveló primero en Vilnius Lituania y que luego se refinaría en Polonia, se representa sobre el refrán clave de su oración: “Jesús, en ti confío.”

La confianza es el sustrato de la misericordia – un elemento ausente en la sociedad y en la política mundial en tiempos de Santa Faustina – un tiempo no muy diferente al nuestro. La gente que confía puede ir a donde la Divina Misericordia quiere que vayan. La misericordia es un misterio que merece la confianza; es tanto su causa y su efecto. La misericordia y su compañera la confianza es apostólica y sacerdotal en una era que está siempre tentada a la sospecha, al cinismo, y a la dimisión. Jesús inicia los sacramentos a través del sacerdocio del Reino que él mismo representa como ministerio de misericordia a nombre de su Padre. Hay solamente un sacerdocio de Jesucristo, pero en la diversidad de las partes que componen su Cuerpo, hay diferentes tipos de sacerdocios llamados a comunicar esa misericordia a los demás.

El sacerdocio de los fieles, que se inicia en el Sacramento del Bautismo y se sella y fortifica en la Confirmación, nos libera de las cadenas del pecado original que es nuestra herencia genética. El Espíritu Santo nos mueve a transformar el caos del mundo a un lugar en donde los hermanos pueden vivir juntos en paz como familia. Gracias a Dios por los cientos de personas de todas las edades, de varios países y condados en nuestra Diócesis, que han recibido y que van a recibir los sacramentos de iniciación en la Vigilia Pascual y más allá. Ellos representan una corriente de vidas que reciben la misericordia de Dios quien nos ayuda a reconocer que todos somos peregrinos – y algunas veces refugiados encaminados a una habitación superior no hecha por manos humanas: la casa del Padre.

El Cardenal Walter Kasper (uno de los prelados alemanes que no han dejado la reserva de la ortodoxia católica) enmarca el tema de la migración de las personas en términos de las obras corporales de misericordia. Él dice que una de las señales y retos de nuestros tiempos es la tarea

de absorber individuos que están enfrentando tiempos difíciles en casa y que buscan nuestra aceptación. Pero debemos enfrentar los temores dentro de nuestros propios corazones que siembra xenofobia y hostilidad hacia los extranjeros. Qué proféticos y sacerdotales son los ciudadanos de países como Polonia, la tierra de la Divina Misericordia, quienes están recibiendo millones de refugiados ucranianos. Sitios como la Estación Central de Trenes de Varsovia sirven como “hospitales de campo” logísticos de una renovada vecindad alimentando y vistiendo a los exiliados con la misericordia de Dios. Si los polacos pueden recibir a tantos con relativamente menos recursos a su disposición, ¿podríamos en nuestra proporcional prosperidad encontrar dentro de nosotros la capacidad de absorber “extranjeros” que son humanos como nosotros y que son frecuentemente nuestros hermanos en Cristo?

Agradecemos también por los sacerdotes ordenados de Jesucristo, incluyendo nuestros sacerdotes diocesanos quienes renovaron sus promesas en nuestra Misa Crismal que celebramos en la Catedral de San Ambrosio. La Misa del Jueves Santos de la Cena de Señor es el “sacramento de iniciación” del sacerdocio ministerial, infundiendo una capacidad habitual de proclamar la palabra de Dios en aquellos elegidos por Jesús, a ofrecer el sacrificio Eucarístico que es la misericordia personificada y a ser un conducto firme de gracia de acuerdo con el plan de Cristo y a la promesa para su Iglesia.

La mayoría de los ministerios sacerdotales se llevan a cabo en lugares discretos tales como el confesionario o la habitación de un hospital. Pero en veces la comunidad en general reconoce los actos extraordinarios, como sucedió con el Padre Raphael Assamah, párroco actual de la Parroquia de St. Theresa en Des Moines, cuando este pasado 6 de abril, la Casa de Representantes de Iowa adoptó una resolución formal honrando al Padre Raphael por su trabajo como vasallo asistiendo a la gente de la Parroquia de Santa María en Hamburgo durante la

inundación del 2019. El paisaje físico de la comunidad fue devastado, pero así junto a otros, los esfuerzos de asistencia del Padre Raphael ayudaron a librar a su gente de mayor daño y de hecho logró que se acercaran más como una comunidad espiritual más unida frente al desastre natural.

¡Bravo, Padre Raphael!

Para concluir regresando a la historia de Jacques Fesch, en los días previos a su ejecución, le confió al Padre Thomas “Cuando usted lea esta carta estaré en el cielo y veré a Jesús. Antes de esto, por supuesto, deberá molerse el grano de trigo y triturarse la uva, pero a qué debo temer si tengo a Jesús.” Gracias a la comunicación entre esta alma rebelde que se convirtió en fiel “sacerdote” por el bautismo y aquel quien fue ordenado sacerdote de Jesucristo, ya sea en francés o en inglés, podemos descifrar las palabras escritas en el corazón de Jacques: “¡Jesús, en ti confío!”